

LA PEQUEÑA  
**ELENITA**  
Y  
LA PRIMERA COMUNIÓN DE LOS NIÑOS

(Traducción del italiano)



PAMPLONA  
Imprenta, Librería y Encuadernación Diocesana  
José Alonso, núm. 2 (planta baja)

1911

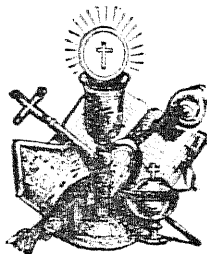
**IRATXE**  
Librería Anticuaria  
PAMPLONA

LA PEQUEÑA  
"ELENITA"

Y

LA PRIMERA COMUNIÓN DE LOS NIÑOS

(Traducción del italiano)



PAMPLONA  
Imprenta, Librería y Encuadernación Diocesana  
José Alonso, 2 (planta baja)

1911

IMPRIMATUR  
FR. ALBERTUS LEPIDI, O. P.,  
S. P. A. Magist.

IMPRIMATUR  
IOSEPHUS CEPPETELLI, *Patr. Constant.*,  
Vicesg.

### PROTESTACIÓN

A los hechos maravillosos y calificaciones de personas que se leen en el presente opúsculo, que no hayan sido confirmados por la Santa Sede, no damos otra autoridad que la humana, en conformidad con los decretos de Urbano VIII.

¡VIVA JESÚS!

### Dedicatoria del traductor á los niños españoles.

El ardiente amor que os profeso en Jesús sacramentado, me ha movido, queridos niños, á dedicaros este opusculito, con motivo de la fausta inauguración de vuestras comuniones infantiles.

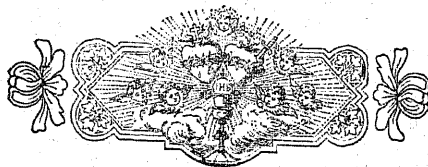
Quiera Dios que alentados y enardecidos con el maravilloso ejemplo de la tierna **Nellie** (1) suspiréis con más vivas ansias por uniros á Jesús, por albergarle con más frecuencia y fer-

(1) Así suena en inglés el nombre de **Elenija**, que nosotros usamos siempre que ocurre en la traducción, en vez de **Nellie** que trae el original italiano.

vor en nuestros corazoncitos, por amar más y más, por corresponder mejor cada día al que tan singulares prendas de predilección acaba de mostraros nuevamente en el angelito de Irlanda.

Que el día de vuestra Primera Comunión sea el día de vuestra consagración completa y para siempre á Jesús y á María; que estos dulcísimos nombres queden escritos en vuestros corazones y estampados en vuestros labios, á fin de que siempre que los pronunciéis en vuestra vida, hagáis sonreír de gozo á los ángeles del cielo.

EL TRADUCTOR.



Estamos en presencia de un caso fortuito ó de un hecho providencial? Ni queremos, ni podemos emitir nuestro juicio sobre el mérito del mismo. En el presente opúsculo nos limitaremos á presentar al benévolo lector, el hecho tal cual es, con las circunstancias más exactas, que le han acompañado según el tiempo y el modo de su realización, dejando á cada uno plena y completa libertad, para que juzgue como mejor le parezca.

Lo que sí podemos asegurar con toda certidumbre es, que nos encontramos frente á frente de un hecho y de una serie de circunstancias enlazadas con él, que en verdad le colorean con cierto tinte de extraordinario.

En efecto, tenemos en primer término un Obispo de la Iglesia Católica, que por una especie de inspiración y casi como obligado por las circunstancias, permite la Sagrada Comunión á una niña de poco más de cuatro años.

Esta tierna y amable criatura recibe á Jesús sacramentado con una devoción y con un recogimiento casi angélico, volviendo á recibirlo muchas veces, con fervor siempre mayor hasta la muerte, acaecida poco tiempo después de su primera Comunión. Las compañeras de Colegio, entusiasmadas por este acontecimiento, que reviste los caracteres de hecho portentoso, en el mismo momento de su muerte, que asemeja la muerte de un ángel, le suplican haga un milagro, á saber; el de alcanzar también para ellas y para todos los niños del mundo el poder recibir pronto en sus corazones á Jesús en la Eucaristía.

Tenemos, en segundo lugar, que pocos meses después que estas oraciones de la inocencia habían subido hasta el trono del Altísimo, como pura nubecilla de incienso, el representante de Jesucristo en la tierra, el Sumo Pontífice Pío X, expedía un Decreto, en el cual permite y muestra su expresa voluntad de que los niños, aun de tierna edad, con tal de que se llenen ciertos requisitos, se acerquen á la Mesa Eucarística.

Volvemos á preguntar: ¿esto es una coincidencia ó es un prodigio? A esta pregunta respondan los brevísimos datos biográficos, que sobre la vida de la pequeña *Elenita*, apuntaremos más abajo, juntamente con los hechos que siguieron á su preciosa muerte.

Carta que el Obispo de Cork, en Irlanda, escribió á Roma.

*Cork, 13 Noviembre 1910.*

Estimado Don Hugo: Adjunto envío á usted una carta escrita y compuesta por las niñas de las Escuelas de las Hermanas del Buen Pastor, establecidas en ésta. Toda la carta es de inspiración propia de las pequeñas educandas, y en ella manifiestan palpablemente los deseos de sus tiernos corazones.

La pequeña *Elenita*, acerca de la cual aquellas escriben, era una niña del todo singular; era de salud muy delicada ya desde la infancia, algo contrahecha y casi siempre estaba embargada por penosos padecimientos. Desde la edad de tres años estuvo iluminada por Dios de un modo maravilloso, sintiendo una atracción toda especial hacia el Santísimo Sacramento de nuestros altares. Mostraba frecuentemente ansias de que la Hermana enfermera la llevase á la Iglesia y allí permanecía largo rato deleitándose con la presencia del **Dios Santo**, como ella solía llamar á Nuestro Señor. Cuando vino á ser imposible el llevarla á la Capilla, á causa de su enfermedad, entonces pidió á la enfermera que cada mañana, después de haber recibido la Sagrada Comunión, viniese pronto para besarla. Cediendo á su ardiente deseo de recibir al **Dios Santo**, le permití hacer la Co-

munión, que recibió muchas veces antes que morir.

Después de haber comulgado permanecía bastante tiempo, absorta en fervorosa oración, y cuando la enfermera le preguntaba qué cosa hacía, su respuesta era que hablaba con el **Dios Santo**. Las otras pequeñas alumnas, sus compañeras, me han suplicado enviase su carta al Padre Santo, y así lo hago, entendiendo que les proporcionaría harto desconsuelo, si me negase á su petición.

A mí vez suplico á usted tenga la bondad de traducirla y hacerla llegar á las augustas manos de Su Santidad.

La pequeña **Elenita** tenía cuatro años y medio cuando murió.

Su afmo.

T. A. O. CALLAGHAN  
*Obispo de Cork.*

### Carta dirigida al Padre Santo por las alumnas de las Escuelas de S. Finbar, Irlanda.

Nosotras, pequeñas alumnas de las Escuelas de S. Finbar, nos unimos á fin de dar gracias al **Dios Santo**, que os ha inspirado el Decreto acerca de la *Primera Comunión*. Jamás cesaremos de rogar por Vuestra Santidad y siempre pediremos al **Dios Santo** os quiera dar un asilo en su Corazón Sacratísimo.

El inefable favor que habéis otorgado á los niñitos de recibir la *Comunión* en una edad tan tierna es para nosotras fuente de tanta alegría, que nos infunde atrevimiento para dirihirle esta cartita, la cual rebosa gratitud hacia Vuestra Santidad.

A veces nos prehuntamos mutuamente si Vuestra Santidad habrá tenido noticias de nuestra santa compañera **Elenita**, la cual recibió al **Dios Santo** á la edad de cuatro años y tres meses. Ella pedía con tanta insistencia al **Dios Santo**, que nuestro amado Obispo no pudo negarse á sus repetidos ruegos, y así recibió la Santa *Comunión* el 6 de Diciembre de 1907; todas nosotras asistimos en la Iglesia á este acto tan conmovedor, cantando el himno de la *Primera Comunión*.

Amado Padre Santo, nos lamentamos de que Vuestra Santidad no hubiese estado presente aquel día: porque hubierais contemplado los sentimientos, que la más profunda admiración produjo en nosotras al ver á una niña tan pequeña recibir al **Dios Santo**, como lo hubiera recibido una persona mayor, revelándose en todo su porte exterior el amor en que se consumía interiormente, en particular, en el color y encandimiento de su rostro.

Antes de que fuese á aumentar el número de los ángeles en el cielo, recibió treinta y dos veces la *Sagrada Comunión*, algunas de las cuales ofreció por Vos, Santísimo Padre, y

por la Iglesia Católica. Cada día rogaba por Vuestra Santidad y por las necesidades de Nuestra Santa Madre la Iglesia. El *Dios Santo* y la Madre del *Dios Santo* vinieron á vusarla el 2 de Febrero de 1908.

Tenemos como timbre de esclarecida gloria el ser educadas en la Santa Casa, en donde ella misma vivió y murió. En nuestros apuros y necesidades invocamos confiadamente su protección, abrigando casi siempre la seguridad de que nuestras súplicas serán atendidas.

Hace justamente un año comenzamos una novena á *Elenita*, que hacíamos después de las oraciones de la noche, á fin de que obrase un gran milagro, á saber; que alcanzase á todas sus compañeras y á todos los niños del mundo entero la gracia de poder recibir la Santa Comunión en la edad más próxima, que fuese posible, á aquella en la cual ella misma la había recibido. ¿Seremos víctimas, por ventura, de una persuasión errónea, al creer como cosa muy segura que el Decreto de la Primera Comunión ha sido concedido por su intercesión y que á nuestra amada *Elenita* debemos nosotras y todos los niños del mundo un privilegio tan extraordinario? Si no nos equivocamos al pensar de esta manera, seríamos muy afortunadas y nos creeríamos dichosas, amadísimo Padre Santo, si Vuestra Santidad colocase ésta nuestra florecilla en el dichoso jardín de la Iglesia, cuya entrada está reservada para sólo

los santos, y así poder llamarla después, *la pequeña Santa de la Comunión de los niños*. Nuestra pequeña *Elenita* era harto apasionada por las flores y por las violetas en particular, y así por alguien ha sido llamada, *La pequeña Violeta del Santísimo Sacramento*.

Amado Padre Santo, no podemos narraros todos los hechos maravillosos, que se refieren en torno á la pequeña *Elenita*; pero estamos seguras de que Nuestras Reverendas Madres han hecho acopio de todo lo que ella dejó dicho. Lo que si añadiremos aquí es, que ella ansiaba con ardor al *Dios Santo* y vio llenos sus deseos, y que ha pedido que el mismo *Dios Santo* venga á nosotras y también nosotras vemos cumplidos nuestros anhelos. Sin duda, ella es la pequeña Violeta de la Santísima Eucaristía.

Ahora, Amadísimo Padre Santo, os suplicamos que nos queráis perdonar si le hemos ocupado tanta parte de vuestro precioso tiempo en la lectura de ésta ya larga carta. Postradas en espíritu á los pies de Vuestra Santidad os pedimos una especial bendición para todas las personas de esta Santa Casa, para todos los niños Irlandeses, y para la tierra en la cual creció esta florecita, á saber; Nuestra amada Irlanda.

*A nuestro Amado Padre Santo  
Las pequeñas alumnas de las Escuelas  
de S. Finbar.*

**Autógrafo del Padre Santo, respondiendo  
á la carta que antecede.**

A las amadas niñas de las Escuelas de las Hermanas del Buen Pastor de Cork, juntamente que les envió la más sincera felicitación por los sentimientos expresados en su devota carta, saturada de amor hacia Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; á un mismo tiempo que les doy las más cumplidas gracias por sus oraciones por la Santa Iglesia y por Nos, y finalmente expresándoles mi deseo de que se conserven siempre siendo buenas, como su compañera *Elenita*, llamada aun siendo niña al Paraíso, donde rogará por vosotras, por vuestras familias, por vuestras amadas Hermanas Maestras, por los superiores y particularmente por el veneradísimo Obispo, os concedo con paternal amor la Bendición Apostólica.

*Vaticano 24 Noviembre 1910.*

PÍO PAPA X.

**Datos biográficos de la niña ELENITA, publicados con motivo de su muerte por las hermanas del Buen Pastor de la Escuela de S. Finbar en Cork.**

Dejad que los niños vengan á mí y no los queráis impedir, pues de ellos es el reino de los cielos.

S. MA. c. 10-14.

El domingo, 2 de Febrero de 1908, el Divino Niño de Belén llamó á sí á nuestra pequeña **Elenita**, la cual, sin duda alguna, era un ser del todo singular, aun cuando sólo contaba la corta edad de cuatro años y cinco meses. El 11 de Mayo de 1907, la referida **Elenita**, en compañía de una hermana suya, fué enviada á nuestra Escuela Industrial: no hacía mucho tiempo había quedado huérfana de madre, y su padre, militar que prestaba sus servicios de soldado en la guarnición de *Spike Island*, no estaba en disposición de ocuparse de la educación de sus hijas.

**Elenita** nació el 24 de Agosto de 1905, llamándose sus padres Guillermo Horgan y María Aherne, ambos católicos de buena cepa.

En la época en que **Elenita** vino á ser confiada á nuestro cuidado padecía ataques de tos convulsiva, por lo cual el médico, después de



un detenido examen, ordenó fuese trasladada al Hospital.

A primera vista se echaba de ver, que había algo en esta niña, que excitaba la admiración de todos y que la hacía ser mirada como un ser privilegiado y distinguido por el amor divino; el *Dios Santo* era la idea que embecía su pensamiento y el objeto predilecto de sus amores. Sus ojos negros, grandes y brillantes, revelaban la firmeza de un carácter extraordinariamente fuerte. Aquel que dijo, «Dejad que los niños vengan á mí», estampó en ella el sello de su amor y la señaló como cosa suya. Después de haber pasado algún tiempo en el hospital y no dando señal ninguna de mejoría, fué trasladada y colocada en la enfermería del S. Corazón, pequeño edificio, situado dentro de los muros de nuestra Casa, y del cual nos servimos en caso de necesidad, cuando es conveniente el aislamiento de un enfermo.

En este tiempo la niña *Elenita* se agravó notablemente, de tal manera que los médicos declararon que la ciencia era impotente para atajar los progresos de la enfermedad, y, por consiguiente, que no podía esperarse la salvación de su vida. Entonces fué, cuando el amor del Sagrado Corazón se manifestó claramente en esta su pequeña ovejita.

El primer indicio que barruntaba algo extraordinario y maravilloso en *Elenita*, era su insaciable instinto, llamémoslo así, por el que

ansiaba ardientemente recibir la Santa Comunión.

Estando en la enfermería del Sagrado Corazón, una de las niñas mayores dormía junto á ella y la asistía durante el tiempo, en que la hermana enfermera estaba ausente. Esta su compañera no gozaba de una salud completa, por cuyo motivo á veces acontecía que no podía levantarse, para asistir á misa y recibir la Sagrada Comunión. La primera mañana que sucedió así, la pobre muchacha quedó estupefacta, cuando al entrar en la habitación de *Elenita*, oyó que esta le decía: *lo que es hoy no has recibido al Dios Santo: ya se lo contare á la Madre.*

Después de esta escena, la infantil enfermera, probó poner en práctica cierta inocente estratagema, con el fin de extraviar y desconcertar la perspicaz vigilancia de *Elenita*, si por casualidad alguna mañana no se encontraba en disposición de levantarse temprano: mas toda su industria fué estéril, á causa de que *Elenita* no podía ser engañada fácilmente; pues cuando sucedía que se quedaba en cama, al punto la delincuente era acusada de su falta sin titubear, y cuando le preguntaban como sabía aquello, se limitaba á decir: «lo que sé es, que hoy no has recibido al Dios Santo».

En la enfermería había una pequeña estatua del niño Jesús de Praga, por la que, *Elenita* aseguraba, haber recuperado la salud; entonces

se sentía un poco aliviada. Acostumbraba á pedir la imagen y teniéndola en la mano daba gracias al Niño Jesús con sencillas al par que encantadoras expresiones infantiles. Un día aconteció, que mientras estaba sentada en el suelo, apretando entre los brazos su tesoro, ajustándolo al pecho, en menos que se dice, lo puso en tierra y dijo: *ahora Niño mío échame una danzita*, ¡bobería...! dijo la compañera, pues has de saber que no se moverá; *sí que se moverá*, repuso enseguida *Elenita*, y tomando á un mismo tiempo en la mano una trompeta de lata, que por allí había, se puso á tocarla con todas las fuerzas de sus pulmones.

La muchacha continuó su trabajo sin advertir nada, hasta que la niña le llamó la atención, á fin de que mirase con cuanta benevolencia y con qué graciosos ademanes se movía el Niño Jesús. En el rostro de la compañera se dibujó una sonrisa de duda; pero quedó pasmada al fijarse en la actitud de *Elenita* y ver la insólita transformación, que había sufrido el rostro de la niña. Sus labios se habían puesto carmesí, sus ojos brillaban dulcemente al dirigir sus miradas á la imagen, de la cual no los desviaba un punto, no haciendo entonces otra cosa que llamar con grandes voces á su compañera y á otra niña, que entraba en aquellos momentos y que había quedado como petrificada por el estupor y el miedo, al contemplar aquel cuadro: *más música todavía*, gritaba *Elenita*,

*pronto, miradlo como salta*, y continuaba el son de la trompeta, que tocaba con todas sus fuerzas. Pasado un momento exclamó: *ahora mismo se ha parado*, y quedó como estaba antes, volviendo á su estado normal.

La Hermana enfermera no sabía nada de toda esta escena; pero á la noche hizo llamar á la muchacha y le preguntó acerca de lo que había acaecido en la enfermería, durante su ausencia, y que tanta escitación había causado en *Elenita*. A duras penas podía dar crédito á lo que oía referir, aun cuando no había lugar á duda, puesto que eran dos las que habían sido testigos de aquel insólito espectáculo.

La tisis, que había conducido al sepulcro á la madre, comenzó á dar indicios de que aquel tierno y casi desecho organismo era presa de esta terrible enfermedad, que algunos dicen, es la enfermedad de los santos, ó al menos, la más frecuente en los siervos de Dios. La Hermana enfermera desde este momento desplegó toda su caritativa solicitud y cuidado para atenderla, prodigándole todas las caricias que sabe hacer el amor y aceptando en su bien todos los sacrificios, que sólo sabe sufrir el corazón de una madre. La servía de paciente maestra en la escuela y en la ciencia del amor de Dios. Un primer Viernes de mes llevó á su pequeña enferma á la Capilla, donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento: mientras

le arreglaba un sitio cómodo junto á ella, dijo á la niña quien era Aquél que se veneraba en la Hostia Santa, y como el *Dios Santo* había descendido del cielo para manifestarnos su amor.

A partir de este instante la niña pareció haber alcanzado claro conocimiento de aquel gran misterio de amor, como pocos cristianos saben tenerlo, y desde entonces también, todos los días que había exposición con el Santísimo, aun cuando de nadie fuese advertida, con gran insistencia conjuraba á la Hermana enfermera para que la llevase á la presencia del *Dios Santo*. Una vez en la Iglesia quedaba como inundada de alegría, sin apartar los ojos de la santa Custodia y teniendo las manitas juntas ante el pecho en actitud de orar.

No tardó mucho tiempo sin que empezara á conocerse y á divulgarse la peregrina piedad y devoción consciente de *Elenita*. Nuestro venerado Obispo, habiendo oído referir algo de aquel extraño portento, sin que se lo hubiésemos pedido de antemano, una mañana avisó por teléfono, diciendo á nuestra Madre Superiora, que vendría á Casa, á fin de *confirmar* á la niña *Elenita*.

Encontrándose á la sazón delicada y sin fuerzas para estar sentada ó de rodillas, fué llevada á la Iglesia por la Hermana enfermera, y en sus mismos brazos recibió el Espíritu Santo, «el cual, en verdad, espira donde quie-

re». Después de esta ceremonia los deseos de *Elenita* por el Señor fueron creciendo de día en día, pues como ella misma decía, por este Sacramento de la Confirmación había sido constituida: *pequeño soldado del Dios Santo*.

La Hermana enfermera le enseñó á unir sus padecimientos con los de Jesucristo crucificado, y aquella niña de solo cuatro años sufría sin una queja, los más recios dolores. Con frecuencia acostumbraba á tomar y apretar el crucifijo entre sus manos. En cierta ocasión mostrándolo á la Hermana la dijo: *el Dios Santo ha sufrido mucho por mí sobre la cruz*. Después de oír misa y comulgar la Hermana enfermera, la primera cosa que hacía cada mañana era visitar á su amada enfermita. Un día quedó maravillada, pues aconteció que acercándose como de costumbre á su cama, la dijo *Elenita: el Dios Santo me ha dado á vos por madre; la vez primera que vayáis á recibirle en la Comunión, venid después á besarme*. Su cantilena predilecta era decir: *yo quiero recibir al Dios Santo. ¿Quién sabe cuándo vendrá?; yo lo deseo*. Una vez dijo á nuestra Madre Superiora: *Madre, cuando hayáis recibido al Dios Santo, ¿me lo traeréis después á mí*. Nuestra Madre quedó sorprendida con esta pregunta, limitándose á decir: *yo pedirá al Dios Santo que te ame mucho, mucho, Elenita, y yo vendré á verte después de la misa*.

Con estas promesas la enfermita rebosaba de júbilo y decía: *La Madre Francisca me traerá mañana al Dios Santo. Elenita* esperaba con regocijada ansiedad la visita de nuestra Madre: más cuando al día siguiente la vió venir sin llevar al *Dios Santo*, su desilusión fué tan amarga, que empezó á llorar.

El *Dios Santo* no podía resistir por más tiempo sin apagar las ansias de aquel corazón inocente, pues los designios amorosos de Dios Nuestro Señor eran de fijar su morada en el corazón de esta su pequeña amante. Las lágrimas de la niña consiguieron una señalada victoria, su amor fué aceptado, y el *Dios Santo* manifestó su voluntad de habitar en aquella alma inocente y bendita. Después de esto, ya no pidió más la Sagrada Comunión.

El Padre Jesuita, que daba los ejercicios espirituales á la Comunidad, visitó varias veces á esta niña privilegiada, y viendo que conocía claramente lo que era la Sagrada Comunión, no tuvo empacho en afirmar, que no había razón ninguna para impedirle que hiciera la Primera Comunión.

El siguiente hecho demostrará el conocimiento perfecto que tenía del acto de la Primera Comunión, para el cual se estaba ya preparando. Un día la Madre Magdalena dijo á la enfermera: «¡Qué afortunada suerte la de esta niña; pronto será un angelito de Dios; no ha cometido jamas un pecado»: sí Madre, dijo

*Elenita*, lo he cometido, pues una vez dije una mentira!»

Nuestro venerado Obispo concedió sin dificultad el permiso para la Primera Comunión; cuando á la niña le fué comunicada esta noticia, reventaba de alegría, prorrumpiendo en la siguiente exclamación: *por lo tanto, yo tendré al cabo al Dios Santo en mi corazón.*

Su Primera Comunión tuvo lugar el día 6 de Diciembre, primer Viernes del mes. En brazos de la Hermana enfermera fué llevada á la Capilla y en presencia de las Religiosas de la Comunidad y con asistencia de todas las niñas, *Elenita* recibió al *Dios Santo* por la vez primera.

Una luz celestial, que fué advertida y vista por todas, incluso de las niñas, resplandeció sobre su rostro. Después dió gracias con la compostura y recogimiento con que lo hubiera hecho una Religiosa; teniendo sus manitas juntas ante el pecho, de sus labios salía una fervorosa oración. Un religioso silencio reinó en la Capilla durante el tiempo que duró la acción de gracias, siendo tanta la emoción que sentíamos todas, que muchas de las religiosas y aún de las niñas, no pudiendo contenerla se deshicieron en copioso llanto. Mientras las niñas cantaban con fervor inusitado el himno de la Primera Comunión, *Elenita* fué llevada á su habitación.

Dos días después, fiesta de la Inmaculada

Concepción, de nuevo se acercaba al altar para recibir al *Dios Santo*, y el mismo resplandor brilló sobre su semblante. Por la tarde fué inscrita en el catálogo de las Hijas de María, y durante la ceremonia de la agregación su recogimiento admiró á todos, tanto más cuanto que era una niña tocada de la muerte, como aparecía claro á los ojos de todas nosotras.

Pasados dos días de su agregación como Hija de María, se le administró el Sacramento de la Extrema-Unión. Desde ahora *Elenita* comulgaba casi diariamente. Una noche no pudo dormir la enfermera que la cuidaba, porque no cesaba de repetir: *Yo deseo recibir al Dios Santo; ¿amanecerá pronto Madre?* Habiéndole aconsejado la Hermana que hiciera por dormirse, dijo *Elenita*, *¿Cuánto tardará todavía el Padre Houlihan? Id á llamarlo, Madre, y decidle que deseo recibir al Dios Santo. ¿Vive acaso en el jardín?* «No, amada mía, la respondió la enfermera, el Padre vive en la ciudad muy lejos de aquí, y no podría tampoco hacerle venir ahora». Por último llegó el alba del nuevo día, llenando de regocijo á la niña *Elenita* y á la enfermera, y habiendo venido el Capellán pudo recibir la Santa Comunión. Después de su breve acción de gracias, pidió que la volbiesen de cara al muro á fin de poder hablar con el *Dios Santo*.

Un día nuestra Madre le dijo: «Qué gracia pedirás para mí al Señor, cuando vayas al Pa-

raíso?»: *Yo le pediré, que os ame mucho, mucho*, respondió *Elenita*. En sus inocentes expansiones con la hermana enfermera, acostumbraba decirle: *Yo volaré á mi Dios, llevando el vestido de la Primera Comunión*. La idea que tenía de la muerte era, que de los brazos de la enfermera volaría á Dios, y por este motivo, muchos días antes que acaeciese no permitía perderla de vista.

Llamaba mucho la atención en sus prácticas piadosas, que los primeros Viernes y los días que teníamos exposición con el Santísimo, siempre suplicaba que la llevasen á la Capilla.

La Noche Buena asistió á la misa de la media noche y recibió la Comunión. A medida que se aumentaban sus dolores, daba grima ver los esfuerzos casi sobrehumanos que hacía, á fin de soportarlos con paciencia. En una ocasión echó de ver que las lágrimas se deslizaban abundantes por las mejillas de nuestra Madre y preguntó: *Madre, ¿por qué lloráis? deberíais estar muy contenta, porque me voy á mi Dios*.

Después de Navidad fué inscrita en el Apostolado de la Oración, y desde entonces rogó continuamente por el Sumo Pontífice, por la Iglesia católica y por los pecadores.

Habiéndola prometido nuestra Madre que mandaría decir una misa por su madre difunta, pasados que fueron tres días desde esta pro-

mesa, preguntó si la misa se había dicho y si ella encontraría á su madre en el Cielo.

Su tierna y afectuosa devoción á la sagrada Pasión de nuestro Señor, era en verdad admirable. Cuando la enfermera se quejaba de algún malestar ó dolor de cabeza, jamás creyó que la podía consolar dirigiéndola algunas palabras de compasión ó diciéndole que pediría al Señor se lo quitase; sino al contrario, solía decirle: *¿Qué tenéis, Madre? recordad lo que el Dios Santo ha sufrido por vos en la cruz.*

El jueves anterior á su muerte llenó de pasmo á la enfermera al decirle: *Madre, sentaos aquí*, indicándole una silla que estaba próxima. *Dígame, Madre, cómo estáis hoy: la Hermana respondió; «perfectamente bien, Elenita». Pero dígame, Madre*, prosiguió la niña, *¿sentís que se acerca el Dios Santo? Yo lo siento.*

La cédula del rosario, que le tocó en suerte, era para la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, 2 de Febrero, que aquel año caía en domingo: en aquel mismo día, hacia las cuatro de la tarde, la Virgen Santísima vino á llevarse la pequeña enamorada de su Divino Hijo. No obstante el mar de dolores en que estaba como sumergida, permaneció por espacio casi de una hora con los ojos fijos en *alguna cosa*, que ella solo veía á los pies de su cama, mientras gruesas lágrimas surcaban su rostro. Por dos veces intentó levantarse y probó ir

en busca de aquel objeto, que ella estaba contemplando. Sus labios se movían, como si estuviesen hablando con alguien, y sus ojos seguían con vivo interés *aquella cosa*, que parecía aletear sobre su lecho. Después de algún tiempo, aquel aspecto de consciente admiración desapareció y la palidez de la muerte invadió todo su cuerpo.

Su alma inocente y graciosa había abandonado su carcomido cuerpecillo y había levantado el vuelo hasta el trono del Altísimo, para ser eternamente dichosa con los ángeles de Dios; «de tales es el reino de los cielos».

*Elenita* tenía cuatro años, cinco meses y ocho días, cuando se durmió aquí en la tierra para despertar entre los coros de los ángeles.

**Alabado y bendito  
sea eternamente Jesús sacramentado  
con María Inmaculada y San José.**



## FLORECILLA EUCARÍSTICA

Con el Decreto sobre la Primera Comunión de los niños, el Vicario de Cristo, sin duda ninguna porque así lo ha querido el Corazón benditísimo de Jesús, quien tiene puestas sus delicias en habitar con los hijos de los hombres, ha abierto las compuertas de la gracia divina aprisionada en el Sagrario, para que corra más abundosa por la tierra Virgen é inocente de los corazones de los niños: esta gracia divina derramada con tan amorosa profusión en las candorosas almas de los pequeños, debe producir dulcísimos y deleitosos frutos de vida eterna, y es seguro que no pasarán muchos años sin que sean harto frecuentes los casos de una santidad prematura y extraordinaria, y sin que la sociedad cristiana no se sienta regenerada y como rejuvenecida por el caudal de sangre divina, acumulada en sus miembros y que los hombres bebieron con la mayor frecuencia en la participación del banquete eucarístico.

La tierra inocente del corazón de los niños, regada con la sangre de Cristo, ha empezado ya á producir mayores frutos de virtud, los más sabrosos y sazonados, como hemos visto

en las anteriores páginas, y sobre todo se cubre cada día de las más preciosas flores que deleitando al Corazón de Jesucristo esparcen por la tierra un aroma que excita á amar á quien tanto nos ama, al darse todo á todos y sin reserva alguna.

Para que no se pierda la memoria de la existencia de una de estas florecillas, para provecho de todos y para edificación de mis infantiles lectores, voy á referirles aquí brevemente su historia, como la oí narrar á persona, que merece entero crédito por su mucha provida y virtud.

En una casa de Religiosas existente en Roma, se preparaban, en el mes de Enero de este mismo año, una tanda de niñas para hacer su primera Comunión: éntre ellas había una, de seis años de edad, que entre todas descolaba por su gracejo infantil y por su recogida atención en oír las instrucciones sobre el catecismo: la víspera de la primera Comunión, después de haber asistido á la explicación que les había tenido una religiosa, sobre el misterio de amor que se esconde en la Hostia Santa, se dirigió con la Hermana instructora á la sacristía: una vez allí, la religiosa se dispuso á preparar las formas que habían de servir para la comunión del día siguiente; estando en esta operación, de pronto la pequeña educanda, que estaba presente, coge una de las formas y le da un beso; creyendo la Hermana que

la niña tenía un concepto equivocado acerca de la presencia real de Cristo en la Eucaristía le dijo: «Hija mía, ¿qué cosa has hecho?; estas partículas que ves ahora no son más que pan, que en nada se diferencian del pan ordinario que tomamos como alimento en la comida; mañana cuando el sacerdote las consagre en la misa, entonces sí estará aquí presente, en cada partícula, Cristo Nuestro Señor; á lo que respondió aquella pequeña enamorada de Jesús sacramentado: *sí, comprendo bien lo que V. dice; pero mañana no me atreveré á dar un beso á Jesús, y así se lo envía adelantado.*

Niño mío, que lees ó me oyes leer, ama tú también mucho á Jesús y con Jesús á María su bendita Madre, á fin de que al calor de estos dos purísimos amores broten en tu corazón flores de fragante olor de virtudes, que te hagan miembro más digno de la sociedad cristiana y futuro cortesano de la Jerusalén celestial.

V. J.

*Roma, Fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, año 1911.*

Gracias á la fina bondad y exquisita atención de Mons. Hugo Descuffi, autor de la versión italiana de los datos biográficos de la admirable niña *Elenita*, tenemos el gusto de dar á conocer á nuestros lectores algunos párrafos de una carta, que ha recibido dicho señor de la superiora del Convento del Buen Pastor de Cork, llegados á nuestras manos cuando estaba en curso de imprenta nuestra traducción y en los cuales se refieren noticias muy interesantes, sobre ciertos *prodigios atribuidos á la intercesión de la niñita Elena.*

*Cork, 16 Enero 1911.*

*Rmo. Señor:*

.....  
 Le estoy sumamente agradecida por el interés que se ha tomado, en todo lo que se refiere á nuestra amada niña *Elenita*.

Puedo asegurarle que no pasa día alguno sin que nos llegue la buena nueva de alguna gracia obtenida por su intercesión, advirtiéndole á un mismo tiempo, que casi todas ellas muestran una especial predilección por los niños: entre otras gracias de que tengo noticia



le apuntaré aquí las siguientes, por ser también aquellas que tienen más realce.

a) Un muchachito que sufría una parálisis desde su infancia, quedó completamente sano después de haber visitado su sepulcro.

b) Una niña enferma de la espina dorsal, que no podía casi tenerse en pie, ni por consiguiente andar, le hizo una novena, visitando á un mismo tiempo su sepulcro, y ahora puede dar largos paseos sin cansancio.

c) Una pobre mujer, llena de desolación y de pena, á causa de que su marido era dado á la bebida, cayendo con frecuencia en el repugnante vicio de la embriaguez, suplicó á Elenita pidiéndole su conversión, y gracias al cielo, después de abandonar sus dañosas aficiones, se ha convertido en un hombre distinto del que era antes.

Estas gracias podemos llamarlas pequeñas; pero no obstante, pueden ser el comienzo de otras mayores. Es posible que los designios de Nuestro Señor al obrar así, sean los de querer alentar á los cristianos, á fin de que se muevan estos á cumplir la voluntad expresa del Santo Padre, manifestada en el Decreto acerca de la Primera Comunión de los niños.

Hace dos días recibí carta de Francia, pidiéndome estampas y aun reliquias, en caso de ser posible, y también las noticias biográficas sobre la *Pequeña amante de la Santísima Eucaristía*.

Permítame le pregunte, si nuestro señor Obispo le ha escrito dándole noticias sobre una curación acaecida en Escocia. Nosotras no hemos recibido aún pormenores sobre la misma, aún cuando ya hemos escrito, rogando nos los den: de todas maneras creo que el señor Obispo le pondrá al corriente de todo.

SOR MARÍA DE SAN FRANCISCO JAVIER

*Religiosa del Buen Pastor.*



